

www.elboomeran.com

# EL TREN CERO

YURI BUIDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE YULIA DOBROVLSKAYA Y  
JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA





—¡Los judíos se van! —grita al retumbante vacío de la casa y otra vez, agotada la esperanza de obtener respuesta, vuelve a la ventana—. Los judíos siempre se van. Solo nosotros, los necios, nos quedamos.

Desde aquí se distingue bien cómo los hombres y mujeres, encorvados bajo el peso del equipaje (ahora ya no son objetos, ni pertenencias, ni trastos acumulados por la vieja Esther en más de cuarenta años de residencia en la estación, ahora ya es tan solo equipaje, los bártulos de una refugiada, de una pasajera, ¡más le valdría espicharla!), avanzan con precaución por el estrecho sendero arcilloso hacia el puente y uno detrás de otro, pisando el chirriante hierro oxidado, pasan por encima del mugiente río a la orilla opuesta, donde los espera el enorme camión. Esther, inmóvil, está sentada en la silla de respaldo curvo plantada en medio del patio, entre la morralla, trapos desechados y papeles que a ratos el viento levanta de golpe tornándolos en una bandada de pájaros blancuzcos, o dispersa pegándolos a las paredes desconchadas de la casa, cada vez más vacía, a la valla semiabatida, al lustroso impermeable negro que alguien echó sobre sus viejos hombros. Inexpresiva, mira ante sí sin fijarse ni en el hijo ni en sus amigos, que se apresuran a llevar a la otra orilla cualquier cosa que tenga algún valor antes de que la oscuridad les caiga encima.

Y todo este tiempo se lo ha pasado él en la ventana observando a Esther y cómo su vida, pieza a pieza, trapo a trapo, fotografía a fotografía, abandonaba esta casa, se amontonaba de cualquier manera en el enorme camión manchado de barro, con el fin de partir de una vez por todas, por siempre jamás, por los siglos de los siglos, para intentar pegarse —allá, en algún lugar lejano— a una vida nueva y seguramente ajena a ella. En una fotografía salen los primeros colonos: Esther, su marido Misha, él, Iván Ardábiev, apodado Don Dominó por su afición a las fichas, su fraternal amigo Vasili, su esposa Augusta, o simplemente Gusia, unos cuantos soldados que los ayudaron a descargar en la otra orilla y a cruzar sobre las piedras hasta esta donde había dos barracones destartados. A la rolliza Gusia la transportaron a caballito y por poco se les cae al agua, mientras que Esther, con su alta toca, envuelta en su vestido de seda color puesta de sol, sobre sus altísimos tacones, atravesó el río sola tras quitarse los zapatos, saltando descalza por las jorobas azuladas que sobresalían de la espumosa agua amarilla, pese a que no faltaban voluntarios para llevarla a la otra orilla en brazos. En esa fotografía no estaban ni Aliona ni el coronel pelirrojo ni nadie más que ellos, los pioneros recién llegados a la estación marcada con un número en los mapas inciertos, para poblar dos barracones agrietados. Todavía tenían que construir el puente, trazar los carriles, levantar los barracones para los obreros de mantenimiento y, más tarde, para los que trabajarían en el aserrado e impregnación de traviesas. Entonces. Ahora. Y, al cabo, nadie. Unos se han ido, otros han muerto y están enterrados en el pequeño cementerio habilitado hace ya tanto en la orilla opuesta, lo más

lejos posible del puente y de las casas, lo más lejos posible de los vivos cuyo deber era trabajar sin levantar la mano y no perder tiempo pensando en la muerte y, sin embargo, tenerla presente, pero no como algo natural, sino como una variedad de castigo: por desobediencia, por irse de la lengua más de la cuenta o bien, por intento de fuga. Pues eso: nadie. Esther se va. Solo queda él, el viejo Ardábiev, y ya no hay nadie con quien echar una partida de dominó. Gusia no cuenta, agazapada en algún rincón del retumbante vacío de esta casa y sin dar señales visibles ni audibles. A ver si también se ha muerto...

Se ha puesto el gorro orejero, el chaquetón guateado y ha bajado al río, allí donde el estrecho sendero arcilloso comienza la subida al puente oxidado cuya maltrecha carcasa siempre tiembla levemente bajo el embate de la corriente desbordada.

Sostenida por el hijo, que además iba cargado con la silla de respaldo curvo, Esther mueve con dificultad los pies títubeantes dentro de sus galochas por el barrizal.

—Saludos, tío Vania. —Ígor se suena la nariz y pesca del bolsillo pectoral, no sin apuros, el paquete regordete de tabaco—. Fuma.

Don Dominó menea la cabeza.

La vieja Esther se ha sentado incómodamente, de canto, en la silla, agarrándose con ambas manos a la barandilla podrida que se extiende a lo largo del sendero y evoca aquellos tiempos en los que aquí había escalones firmes de madera renovados cada año por Ardábiev.

—¿El tren cero sigue pasando? —Ígor guiña el ojo.

—Qué podemos esperar —se pregunta, lúgubre, Ardábiev.

—Sin raíles qué quieres, tío Vania —dice Ígor—. Ni por allí, ni por allá los hay —agita la mano en dirección al poblado—. No hay nada. Solo aquí se les olvidó retirarlos. Mejor vete. ¿A que es duro estar aquí en solitario, eh? Y más aún en el invierno, ¿a que sí?, ¿no?

Cabeceando, tira la colilla y ayuda a su madre a levantarse.

Don Dominó se quita el gorro, esboza a duras penas una sonrisa enseñando dos relucientes filas de iguales dientes metálicos.

Esther suspira hondo. Entre las manchas pardas y violáceas de su rostro arrugado de pronto aflora la boca llena de muelas amarillas clavadas caóticamente aquí y allá. Su mano temblorosa bendice a Ardábiev.

—Adiós, Iván... Esta vez para siempre.

Con sumo cuidado, él aprieta contra su pecho la figura liviana, que se ha vuelto casi incorpórea.

—Adiós, Esther... —Tose para aclararse la garganta—. La primavera es mala época... La peor..

Aferrándose al barandal bamboleante, la vieja comienza a subir resbalando cada dos por tres en el barro; el hijo la sostiene, pero ella lo aparta, se lo sacude a codazos y trepa, trepa hasta que por fin logra asirse al pasamanos de acero del puente.

—¡La silla! —cae en la cuenta de pronto Ardábiev—. ¡Ígor! ¡Esther! ¡Se os ha olvidado la silla! ¡La silla!

Ígor rehúsa con un gesto de la mano.

Encorvados bajo las rachas del viento frío, pasan por encima del río que la primavera ha hinchado y

bajan la escalera hacia el vehículo. Ígor ayuda a su madre a subir a la cabina. Desprendiendo barro, el camión gira y, dirigiéndose más allá de las colinas, ya serpentea por la carretera con aullidos desgarrados del motor.

—La tranca —dice en voz alta Don Dominó ajustándose la gorra sobre las desgrednadas canas—. Hemos doblado.

Con la silla a cuestras, cargada sobre el hombro, asciende lentamente por la suave ladera hacia el poblado, en cuyo extremo, llegando desde el río, está la casa de ladrillo de dos pisos donde antaño vivían los de la estación con sus familias, y ahora solo habitan Don Dominó y la abuela Gusia, que no se sabe en qué rincón se agazapó después del entierro y ya desde hace tres días no responde a sus llamadas. A mitad de pendiente, Ardábiev, en un arranque de cólera, hincan las patas de la silla en el barro, y, arrebuajándose con el chaquetón, se sienta a fumar. Hemos doblado. La tranca. Está solo. Oculta la llama de la cerilla entre los enormes cuencos de sus manos rojas y, sin prisas, enciende el pitillo.

—Ya está, los judíos se han ido —pronuncia de nuevo observando abstraído las colinas cubiertas de lluvia fina como el polvo, olas cobrizas que discurren monótonas hacia las crestas del bosque, que se adentran cual sierra en el cielo bajo, de matices azules apenas visibles, extendido como un papel secante empapado por encima de los rieles mohosos, por encima del puente de vía única estremecido por el constante embate rabioso del río marrón, por encima de los tejados del poblado, mejor dicho, por encima de lo que queda de él: los armazones de unos vagones de mercancía en las

vías muertas, el almacén sin techumbre, el edificio de la estación con su galería acristalada sobresaliendo por encima del andén, la casa de Esther revestida de ladrillo en cuyo patio el viento húmedo arrastra sin cesar los pájaros blancuzcos... Las vallas desplomadas, las paredes, los postes caídos enredados en la telaraña de cables oxidados allí donde habían estado las casas, el aserradero y la planta para la impregnación de traviesas, la oficina, la cantina, los talleres, todo aquello que durante décadas se mantuvo para que exactamente a medianoche, de ida o de vuelta, sin reducir la velocidad ni en la curva, ni siquiera en el puente tronante y gimiente, pasara a toda costa el cero: cien vagones de puertas tapadas y precintadas, dos locomotoras delante y dos detrás, ¡chu, chu, u, u, u! Cien vagones. Destino desconocido. Procedencia oculta. Punto en boca. Vosotros a lo vuestro: que los carriles estén en perfecto estado. Desde aquí hasta allá. Ni más ni menos. Así hablaba aquel coronel que los reunió la primera noche en la exigua habitación de uno de los barracones. Era pelirrojo y de ojos azules. ¿Cómo se llamaba aquel coronel? ¿De veras era solo coronel? Porque lo que es mandar, mandaba más que un general. Orden, orden sobre todo, y nada de preguntas. ¿Preguntas? Desde luego, ninguna, camarada coronel. Estará todo en orden, camarada coronel. El coronel no tenía la menor duda. Ni la más mínima. ¿Para qué estaba allí si no? ¿Para qué estaban, si no, todos aquellos hombres más que probados? Antes del invierno los zapadores ya habían levantado las viviendas para el personal de la estación y los obreros, el almacén de mercancías, un cobertizo provisional para el taller, la torre del agua,

los depósitos de carbón. Al filo de la primavera estuvo listo el puente, su cuerpo huesudo se extendió por encima del valle anegadizo del terco riachuelo y se apoyó en la cima de la apartada colina, apenas visible entre los árboles fundidos en una masa homogénea. A finales de mayo terminaron el aserradero, la planta de impregnación de traviesas y la cantina. El uno de junio, Don Dominó nunca olvidaría ese día, pasó el primer tren cero.

Todos dispuestos y expectantes. Misha Landáu, Esther, Vasili Dremújin, su mujer Augusta, Iván Ardábiev, que más tarde sería apodado Don Dominó, cuando aprendió a jugar de verdad, y también por aquel aire agitanado, «hispano», como decía Esther, en su rostro. ¿Quién más? Lena Abramtsumián con su marido Rafa. Y, cómo no, el coronel con sus hombres, todos con sus uniformes planchados con esmero, con las botas relucientes, de postín, gracias a un repaso de plancha candente. También Udоеv, el director del aserradero. Hasta el contable con su mujer de cama doble, una gorda huraña que una vez al mes emprendía viaje a tal o cual alejada estación para, nada más llegar, a resguardo de quienes la conocían, divertirse con cualquiera que se prestara, y ya que los dispuestos no sobraban, ella pagaba generosamente el equivalente de lo que costara una botella, los perdidos acudían de dos en dos, o incluso de tres en tres, puesto que la señora contable solo pagaba por el trabajo bien hecho. ¿Quién más? No logra recordar, sus rostros se apagaron en la memoria, se desgastaron como monedas, ni las personas ni sus rasgos son precisos. Nadie pegó ojo aquella noche, el que más y el que menos presa del

tembleque nervioso, comprobando una y otra vez que todo estuviese en orden: gracias a Dios, todo funciona. ¿Y esto? Sí, sí, perfecto, sin problemas. Aquel largo día de junio se les grabó en la memoria solo gracias al tren cero. Igual que las caras, las palabras, los gestos, el rocío matutino sobre los rieles que al mediodía se puso a brillar como la plata ardiente, el chirrido de los saltamontes en la hierba áspera que olía a creosota, y todo, todo, todo lo demás no fue otra cosa que la sombra de la espera del tren cero. Pasadas las diez (el sol apenas había comenzado a bajar más allá de las almenas del bosque) la gente deambulaba por la placita que quedaba frente a la estación; los allí congregados, nerviosos, entablaban conversaciones fútiles para cortarlas enseguida, fumaban comprobando por enésima vez la raya del pantalón o que la falda no estuviese arrugada, o que la costura de las medias no se hubiera torcido, se rociaban de nuevo con colonias y perfumes suministrados por el coronel pelirrojo especialmente para ese día, y en el patio, encima del mantel almidonado, centelleaban los esbeltos flancos de las botellas y los vasos, se elevaban las pilas de platos impolutos, ardían los manojos de peonías distribuidos, a la espera del momento, por las sillas recogidas en todas las casas. A las once y media de la noche Esther susurró:

—Creo que ya lo oigo.

—Falta media hora —cabeceó su marido—. Te lo has figurado, cariño.

Una atocinada Augusta, con la boca desmesuradamente abierta, cogía a tragos el aire caliente empapado de olor a creosota, betún negro y colonia, un aire tan espeso que se habría podido cortar con un cuchillo. A menos diez comenzaron las contracciones.

—Muy simbólico. —El coronel hizo una mueca—. El nacimiento de una nueva criatura coincide con el nacimiento de una nueva ruta.

Del aserradero vino corriendo la enfermera, olía a vodka que tiraba para atrás. Sujetando por los brazos a Augusta la acompañaron al dispensario. Cinco minutos más tarde, Vasili Dremújin regresó a la placita, le sirvieron un vaso de vodka colmado, rebosante, que se puso a engullir con los ojos cerrados, atragantándose. El vodka le chorreaba por la barbilla y la nuez de la garganta arañada al afeitarse.

—Ahora seguro que sí —dijo Esther dejándose caer sin fuerzas sobre la silla—. Me fallan las piernas, Misha.

Landáu levantó la silla junto con su mujer y las llevó al andén.

—Qué oscuridad —dijo el coronel—. Ya viene.

La luz cundió sobre las cimas del bosque lejano, en pocos segundos por encima de las lomas se encendió un punto ardiente. Con fragor uniforme, el convoy venía a toda velocidad hacia el puente. El pitido. El fragor se cortó, se hundió bajo el cuerpo huesudo del puente y emergió de nuevo. Y la aparición: la fuerte luz fumosa de los reflectores, el ruido confluyente de las ruedas, el hierro oleoso, el acero deslucido de las máquinas, un vagón tras otro, todos tapados, precintados, las garitas de freno vacías, aullido-estruendo-polvo, el tren pasa a toda marcha ante la gente que se reprocha a gritos haberse olvidado las flores, ante los hombres de uniforme que saltan y se besan, y desaparece dejando atrás la curva a un kilómetro de la estación, pero durante un largo rato se sigue oyendo su estridente traqueteo entre las colinas...

El coronel se cuadró para saludar al tácito convoy, y mientras este se alejaba raudo hacia la noche, las lágrimas recorrían sus tersas mejillas, dos veces afeitadas.

—Eso es —articuló por fin, tragando saliva—. Así es. ¿Habéis visto? Pues ahí está la cosa. Que así sea siempre. Déjate el pellejo, mata si hace falta, haz lo que quieras, pero que este tren pase sin demoras, como la seda, a la hora exacta. ¿Está claro? —Se giró hacia Iván Ardábiev—. ¡Tú! ¿Lo tienes claro?

—Sí, camarada coronel —respondió Iván con voz ahogada—. Está todo claro.

—Tus padres fueron enemigos del pueblo —continuó el coronel secándose las mejillas con el pañuelo—. Es cosa sabida. Pero tú no respondes por ellos. Respondes por ti mismo. Y por la Patria. Fuiste educado en el orfanato. Alimentado, vestido y lo demás. La Patria confía en ti. ¿Comprendido? La Patria cree en ti igual e incluso tal vez más que en otros... —Hizo una pausa—. Tal vez más que en otros y tal vez precisamente porque tus padres la traicionaron. ¿Eso lo entiendes?

Iván se quedó callado.

Tenía diez años cuando su padre mató ante él, ante su propio hijo, de un disparo a su mujer, la madre de Iván, y después acabó consigo mismo pegándose otro tiro. El niño pasó varias horas solo en el apartamento, oculto en la alacena, de donde fue extraído por los ex compañeros de su padre, los oficiales de la Checa. En no más de una semana el hijo de los enemigos del pueblo fue trasladado al orfanato, pero hasta medio año después no recuperaría el habla. Conocía mal a sus padres, pero no por amarlos poco: el padre siempre estaba fuera en comisión de servicio, la madre se entregaba en cuerpo y alma a su deber de funcionaria

soviética. La vivaracha y acartonada yaya Ulia, trabajadora del hogar, suplía bastante bien a la familia. Por las mañanas lo preparaba para el colegio, los domingos se lo llevaba consigo de visita a casa de su hermana, que trabajaba en una fábrica de rodamientos. Mientras Ulia, la hermana y su marido soñoliento tomaban vodka acompañándolo con el té del samovar dominiguero, el niño se sentaba en un taburete en el pequeño tabuco sin ventanas y observaba silencioso a la hija de los anfitriones, su anémica coetánea, que jugaba impasible en su rincón con las muñecas de trapo o bien bailaba, igual de impasible, en el centro del cuartucho siguiendo la música inaudible de una danza lenta, monótona, extenuada mientras su cara se volvía estremecedoramente dulce y los frágiles tobillos envueltos en las calzas de hilo trastabillaban por la tensión excesiva. Hosco, miraba a la niña, que ni tan siquiera intentaba aproximarse al visitante «gitanillo», pero cuando en una ocasión Ulia, que ya iba achispadita, le dijo: «Ahí tienes novia para cuando seas mayor», replicó, aunque sin levantar la voz, recalcando cada palabra: «Jamás. Antes muerto, ¡jamás!». No quería vivir en la habitación sin ventanas. Con la niña de las calzas arrugadas a la altura de las rodillas, viviendo su vida de muñeco de trapo, acompañada por la música inaudible. No. Nunca. Ni en broma. Esa no era su música. ¿Tal vez su música sería la de la vida de su padre? Pero su padre disparó a la sien de su madre y luego se pegó un tiro dejando a su hijo solo en este mundo incomprensible. Traicionó a su hijo. Lo entregó, lo puso en manos de unos extraños que, todos en conjunto, se llamaban la Patria. La Patria son los extraños. Por eso es temible, incomprensible y sagrada. Como todo lo extraño.

Como él mismo ante sí mismo. El orfanato. Los alimentos, la ropa y lo demás son la Patria. El toque de diana es la Patria. La luz de la ciencia es la Patria. Las órdenes son la Patria. El fusilamiento por incumplirlas es la Patria. Este mismo coronel pelirrojo de ojos azules es la Patria. Lo más entrañable.

—La Patria confía en ti —repitió el coronel aunque ya sin la dureza anterior de la voz—. Yo tampoco dudo de ti. Recuérdalo. Recuérdalo de una vez por todas. Se puede contar contigo. Con los que no han vivido lo tuyo también, pero contigo la confianza es doble. Porque no tienes pasado. Y no hace falta. Ni siquiera tienes presente. Tú eres el futuro. Tú eres el tren cero. Recuérdalo. No volveré a decirte estas palabras.

De repente se giró bruscamente y caminó hacia las mesas preparadas. Iván se pasó la mano por los ojos.

—¡Iván! —llamó la tierna voz de Esther—. ¡Iván, Iván el tremendo, vamos chico, la patata se enfría!

Brindaron de pie por el primer tren cero, por la sublime confianza de la Patria, por la venidera vida sin pasado, por el Líder, por la victoria, por todo, todo, todo. Acaso nunca ninguno de ellos se había sentido tan bien.

Y el niño simbólico de Augusta nació muerto.